

Ocaña Fernández, Almudena. (2020). *La experiencia musical como mediación educativa*. Barcelona: Octaedro. 174 pp.

Ahora, más que nunca, necesitamos una educación musical de calidad que permita a las futuras generaciones elegir, desde posicionamientos críticos e informados, la música que quieren escuchar e incorporar a sus imaginarios sonoros (p. 150).

Durante las últimas décadas, dos conceptos han estado sobrevolando el panorama educativo, tanto en la práctica profesional como en investigación: por un lado, el término «mediación» –tal y como se entiende desde el campo de la comunicación–, y, por otro, el repensar el acto educativo desde una concepción ecológica. En lo relativo al primero, autores como Martín-Barbero (1987) describieron las mediaciones como lugares de los que provienen las constricciones que delimitan y configuran la materialidad social y la expresividad cultural de los medios, es decir, como puntos de coyuntura entre lo micro y lo macro, lo económico y lo simbólico, lo popular y lo masivo, o la producción y el consumo (Alonso, 2010); y, en referencia a lo segundo, el término «ecologías del aprendizaje» como constructo teórico y a la vez, como metáfora, se ha venido utilizando para describir situaciones educativas –sobre todo a partir del auge de las TIC– donde se producen interacciones complejas entre las distintas dinámicas humanas, textuales, discursivas y espaciales (Cope y Kalantzis, 2017).

La obra que aquí nos ocupa se centra de lleno en lo musical, pero parte de esos dos referentes teóricos, que aplica de forma precisa, para realizar un recorrido analítico extenso y afable a través del acto educativo musical y de la experiencia musical pura. El libro estudia esa experiencia desde distintas miradas a lo largo de sus cuatro capítulos, todo con el propósito de realizar una defensa, a partir de la reflexión y de aportes académicos musicales y científicos, del papel central de la música en una escuela cada vez más cambiante.

Tras un prólogo de Juan Bautista Martínez Rodríguez, que dedicó sus últimos años como académico en ejercicio al estudio de los fenómenos educativos como Ecologías del Aprendizaje (Martínez y Fernández, 2018), el libro de Ocaña gira continuamente en torno a tres ejes: la música como disciplina, arte y experiencia humana; la escuela como espacio donde debiera existir una concepción (más) ecológica de los aprendizajes; y la universidad, lugar de trabajo de la autora, como agente de cambio y de preparación de futuros docentes que hagan frente a las demandas cambiantes de la sociedad actual. A lo largo de sus páginas, el lector podrá aproximarse al fenómeno musical como experiencia humana en el siglo XXI, desde una mirada amplia que comprende las principales aportaciones de la neuroeducación musical, y cómo nos conformamos sociológicamente a través de la música (Capítulo 1); podrá conocer las demandas que hace la sociedad actual a la escuela y cómo la música puede cumplir un papel esencial para satisfacerlas (Capítulo 2); podrá acercarse a la experiencia musical en el aula de Primaria a través de esa mirada ecológica que antes comentaba y de la importancia de los procesos de naturaleza creativa en el aula (Capítulo 3); y, finalmente, podrá poner en valor la importancia de la incorporación de elementos de investigación a las rutinas de enseñanza y de aprendizaje, a través de una mirada transversal que parte del ámbito y del aula universitaria pero que aterriza en la escuela a través de la formación del colectivo docente (Capítulo 4).

Sin ánimo de desentrañar en exceso el contenido de cada uno de los capítulos de un libro breve, pero intenso, a continuación se recogen algunas de las cuestiones que se abordan en sus páginas, a las que la autora da respuesta a partir de su dilatada experiencia como investigadora y formadora de docentes y de las continuas referencias a otras obras académicas. Todo un ejercicio de estudio de la literatura existente, tanto en el ámbito puramente musical como en otros que lo circunscriben. El libro comienza ligando el ser humano a la experiencia musical como algo incuestionable, como algo natural e ineludible, y a partir de esa premisa, se realizan tres trayectos distintos para justificar cómo somos seres musicales, cómo aprendemos con, para y a través de la música, y cómo la música configura nuestra identidad individual y colectiva como seres relacionales que somos. Para ello, realiza un repaso por los principales aportes que se han realizado desde el campo de las neurociencias al campo musical, con el objeto de comprender cómo funciona nuestro cerebro mientras experimentamos música; se profundiza en las implicaciones educativas de la experiencia musical a partir de dos elementos clave – emoción y motivación – con el objeto de entender que la experiencia musical va a favorecer el desarrollo de emociones estéticas como punto de partida para promover otro tipo de educación en las escuelas más cercana al desarrollo emocional de niños y niñas; y se indaga en cómo la experiencia musical nos conforma como ciudadanos, otorgándole así a la música, y a la educación musical, un rol central

en la construcción social y política de nuestra infancia. La autora defiende al respecto que “la escuela no puede vivir de espaldas a lo que sucede fuera de sus muros” (p. 56) en lo que al consumo musical se refiere, y esta afirmación funciona casi como *leitmotiv* a lo largo de toda la obra.

Precisamente, con respecto a esa idea, y para tratar de no quedarse exclusivamente en lo descriptivo o en lo exploratorio, el texto plantea propuestas concretas en tres direcciones: a nivel social y de aportes generales de la experiencia musical a las demandas de la sociedad en su conjunto, a nivel de aula para los aprendizajes en la etapa de Educación Primaria, y en el ámbito universitario para los procesos de enseñanza de futuros docentes. Para la primera, el texto indaga en distintas evidencias que a lo largo de las últimas décadas se han presentado para tratar de reivindicar una mayor presencia de la disciplina musical en los currículos, y la autora manifiesta, en ocasiones casi con hartazgo, que debemos reconocer y proteger la propia idiosincrasia de la enseñanza de la música sin que esta “se convierta en una materia para entretener o que acabe asumiendo dinámicas propias de las asignaturas instrumentales con el propósito de adquirir un mayor estatus” (p. 72). Es decir, que no todo vale para defender la música como parte del currículo, que no podemos cuantificar lo incuantificable y que no podemos menospreciar u olvidar la naturaleza experiencial y artística de nuestra disciplina. Y es sobre esa idea, sobre la que gira el tercero de los capítulos, como decíamos antes, más centrado en el aula y en la naturaleza ecológica de los aprendizajes en este siglo. La autora defiende un modelo más interdisciplinar y colaborativo donde la creatividad se erija como eje vertebrador y catalizador de esos aprendizajes que hoy vemos que suceden en todas direcciones, en cualquier momento y en cualquier lugar. Un modelo cuya implantación y vigencia depende del apoyo de la administración educativa y, sobre todo, de activar en el profesorado en general una “verdadera consciencia del valor formativo de la música” (p. 107).

En un mundo cada vez con menos certezas, y para tratar de construir esa consciencia de la que habla la autora, en el último capítulo se plantea un escenario universitario alternativo, al menos para las titulaciones de formación de docentes, donde se trabaje la música desde una perspectiva holística y en relación con otras disciplinas, es decir, desde una perspectiva ecológica de los saberes que se necesitan en el desarrollo profesional docente: saberes disciplinares, experienciales y de naturaleza práctica. Un escenario donde tienen cabida la investigación, la cooperación y la creatividad, donde se desdibujan las fronteras habituales entre los aprendizajes formales, no formales e informales, donde se cuestionan las jerarquías entre los roles de profesorado y de alumnado, y donde la evaluación dinamita la clásica concepción “calificadora” para plantearse como espacio de encuentro y aprendizaje que aprovecha las potencialidades de la música como disciplina para crear y para compartir conocimiento.

En resumen, el texto pretende ser un libro de referencia para todos aquellos que se adentren en el mundo de la docencia musical en la escuela, y para repensar e imaginar de nuevo los procesos de enseñanza de dichos docentes en el ámbito universitario. Pero, además, al construirse bajo una férrea fundamentación teórico-científica, que no resta que su lectura sea ágil y amena, este libro también es útil para investigadores de la Educación Musical, sobre todo para aquellos que estén explorando o indagando en la experiencia musical como respuesta a las demandas sociales actuales.

Referencias bibliográficas

- Alonso, M. (2010). Mediación y Construcción de Sentidos: notas en torno a su articulación teórico-metodológica en el estudio de la apropiación de Internet. *Mediaciones sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, 6, 3–37.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Martínez, J. B., y Fernández, E. (Coords.) (2018). *Ecologías del Aprendizaje. Educación Expandida en Contextos Múltiples*. Madrid: Morata.
- Cope, B., y Kalantzis, M. (2017). *E-Learning Ecologies: Principles for New Learning and Assessment*. Londres: Routledge.

Ramón Montes-Rodríguez
Universidad de Granada
ramontes@ugr.es